

Arzobispado, y Catedrático de Derecho Natural y Bellas Letras en el Seminario. Dicho Sr. leyó la siguiente

ODA:

¡Águila soberana,
Oye, y deten el majestoso vuelo!
¿Qué noble impulso irresistible afana
Tu generoso pecho, que abandonas
Los gratos bosques y el florido suelo
De la Italia feliz; y de las nubes
Atrevida rasgando el denso velo,
De la vívida lumbre te coronas
Que á tu ojo inmoble y límpido recrea,
Y más gozosa subes
Cuanto más aquella órbita dominas
De donde el sol los mundos señorea?

¿Es de los cien combates el estruendo,
Que aún hace horrible estremecer al mundo;
Ó el estrago tremendo
Que aquellos de tu estirpe, y otros bravos,
En porfiado luchar y furibundo
Siembran entre las huestes de Mahoma,
Por librar de su duelo

Y de su oprobio á míseros esclavos,
Lo que te hace dejar, genio sublime,
Las nativas campiñas y riberas,
Y olvidar las gloriosas tradiciones,
De otros triunfos buscando los blasones
Á la divina luz de esas esferas?

Sí: que de cuanto abarca
En su ambicion de fugitiva gloria
De la creacion magnífica el monarca,
No hay un placer que el corazon te llene,
Ni oro que tú no tengas por escoria,
Ni poder que avasalle tu grandeza,
Ni plena y felicísima victoria,
Cual la que al genio reservada tiene
La Verdad, cuyo nombre se halla escrito
En aquel trono de eternal belleza
Do se asienta el Amor, que con sus rayos
Da luz inagotable á lo Infinito!

Allá en tu celda oscura,
Príncipe excelso de sayal vestido;
Ángel, á quien el ángel de la altura
Con júbilo se acerca, al contemplarte
Del misterioso cingulo ceñido;

¡Ah! ¡cuántas veces de tu dulce calma
En vano habrán querido
Las mundanales glorias apartarte!
¡Cuántas el suelo que tu llanto moja,
Cuando suspira por su Dios el alma,
Pasando junto á tí quedo, muy quedo,
Besado habrán con religioso miedo
Las sombras del temible Barbarroja,
De Roberto Guiscard y de Tancredo!

En éxtasis divino
Tu gigantesco espíritu se lanza
Á buscar en los cielos su destino.
Del tiempo y del espacio las barreras
Ha salvado por fin; y “¡avanza, avanza!”
Potente voz le grita: “allá en la cumbre
El término verás de tu esperanza!”

Vuelve Tomás el rostro; y á su lado
Ve, con honda emocion y pasmo mudo,
Á un venerable anciano, circundado
De refulgente luz: orna su frente
Mitra de oro con rica pedrería:
Es severo y gentil su continente:
En su mirada ardiente

Brilla el fuego del sol del Mediodía:
Á su hermosa figura
Realce presta la nítida blancura
Del flotante ropaje: y el anciano,
Que sonriendo llega bondadoso,
Lleva en la diestra un libro misterioso
Y su cayado en la siniestra mano.

—“No plugo á Dios que de las ansias mias,
Dijo el anciano aquél con voz sonora,
Se llenase en la tierra,
Oh angélico Tomás, el noble objeto!
¿Escuchas ya las gratas armonías
Con que el Empíreo, que á su Rey adora,
Dice la gloria que su amor encierra
Revelando á los orbes su secreto?
Escuchélas tambien, cuando en el mundo
Quise del Verbo proclamar la gloria,
Y con afan profundo
En un haz concertado y luminoso
Juntar los esplendores
Que los libros ilustran de la historia,
Que revelan al Dios de toda ciencia,
Que disipan del alma los horrores,
Y le marcan su rumbo á la conciencia.”

“Pero.....lo sabes tú! De los humanos
¿Quién puede recorrer el golfo inmenso
De la mente de Dios y sus arcanos?”

Si con ardor intenso
De la *Ciudad de Dios* los sacros muros
Mi mano levantó, porque á su abrigo
Fuésen los hombres á vivir seguros;
No á mí, Tomás, ni á las heróicas almas
Que en una y otra secular tarea
Ganaron de la ciencia nobles palmas,
Quiso dar el Señor ¡bendito sea!
La gloria de acabar para su gloria
Lo que un ángel, cual tú, levantar debe
En monumento de inmortal memoria!”

Dice, y en manos del humilde monje
De la *Ciudad de Dios* el libro deja,
Y más ráudo que el viento
Por los celestes ámbitos se aleja.
Vuelve Tomás en sí: del pavimento
Alza la docta y venerable frente
De resplandor tan vivo circuida,
Que ilumina el oscuro apartamiento.
Y tornando á postrarse reverente
Ante la dulce imágen
Del dulce Mártir de la Cruz divino,
Sollozando de amor, y con fé pura,

Prorrumpe alborozado
Aquel ilustre vástago de Aquino:
“¡Gloria á tí, Señor Dios, allá en la altura!
Y paz acá en la tierra
Al hombre que á buscarte se apresura!”

Como del Bóreas, si á soplar empieza,
Al creciente furor se van alzando
Una tras otra las hinchadas ondas;
Y al arreciar del viento la fiereza
De las olas tambien se va aumentando
El temeroso y lúgubre rugido;
Así del turbio mar de los errores
Al seco empuje de la helada ciencia
Las estruendosas olas se levantan;
Monstruos aterradores
En confuso tropel se precipitan
Por la extension del piélago iracundo;
Y al ya turbado mundo
Con su furor espantan,
Cual si de otro diluvio el tiempo aciago
Llegado hubiese con horrendo estrago!

¿Quién el dique pondrá? Quien al océano
Puso por valladar la pobre arena

Con que se cubre la desnuda playa!
Quien con su fuerte y poderosa mano
Á la soberbia, de furores llena,
Mantuvo siempre á raya;
Y ocultóle el riquísimo tesoro
Que guarda en sí la soberana esencia,
Para mostrarlo en amoroso empeño
Á quien humilde adora por la ciencia,
Que es la vida del alma y su decoro,
Al Sumo Dios que de la vida es dueño
Y es la lumbre de toda inteligencia!

Él, Ángel silencioso de la Escuela,
En quien Alberto presagiara un día
La mugidora voz que oír anhela;
Él contendrá la rápida corriente
Del vicio y del error que con los siglos
Vienen de gente en gente:
Él te dará su luz, y con largueza
Pagará la fé ardiente
Con que del Cristo los sublimes fueros
Defienden tu virtud y tu entereza,
Haciendo que al brotar de tu áurea pluma
Los prodigios sin cuento de esa *Suma*,
Que ciencia, y fé, y razon, todo en un punto
Con el Sér de los séres eslabona
En no visto jamás feliz conjunto,

Su tributo te rindan las edades
Al ver el cetro que en la mano tienes,
Y del saber la espléndida corona
Que ningun sabio arrancará á tus sienes!

¡Sabios!.....Y al emprender osado el vuelo
Necesitan tus alas
Para cruzar el misterioso cielo!
Y de su ingenio á las brillantes galas
Tu ciencia unir en plácida armonía,
Y beber en tu fuente deleitosa,
Para que el Númen en dichoso día
No al Olimpo grosero se levante,
Sino á la altura do el sublime Dante
Fué á arrebatarse la inspiracion que al mundo
Cautiva en su admirable Trilogía!

¡Sabios!.....sí: pero van tras de tus huellas,
Como van los altivos cortesanos
De su monarca en pos: cual las estrellas
Van de su rey en torno,
Y cuando él se levanta
Revestido de luz por régio adorno
Y á recorrer el anchuroso cielo
Los gigantescos pasos adelanta,
La faz ocultan ellas,
Como al salir del tálamo el esposo
El rostro cubren con tupido velo
Las modestas y púdicas doncellas!

¡Sabios!.....sí: pero van en tu doctrina:
El apoyo buscando de sus leyes,
Y el formidable escudo
Que defiende á los pueblos y los reyes:
Y la savia fecunda y poderosa
En que el arte cristiano,
Único que el embate de los siglos
No habrá de reducir á polvo vano,
Halla esa vida que extinguir no puede
Por más ¡ay! que su curso paralice
Del egoismo el hielo. Mas sucede
Al aterido invierno y sus rigores
La alegre primavera
Con sus galanas flores:
Así con su benéfica influencia
Y realizando su inmortal destino,
Volverá, volverá la sacra ciencia
A dar vida del arte á los primores
Y á reinar en la humana inteligencial!

Ha seis centurias que risueña aurora
Nuncia fué en el glorioso Vaticano
Del encendido sol que diera al mundo
Su calor y su luz: tambien ahora,
Que de nuevo aparece y que la mira
El ilustre Leon de gozo ufano,
Predice al orbe, que cansado se halla
De tan larga y cruelísima pelea,
Que la dichosa paz por que suspira
Va á alumbrar ese sol de rayo puro:

Que del Ángel de Aquino
Bajo las alas cándidas se vea
Libre el hombre y seguro,
Y triunfará del Redentor divino
La sacrosanta y salvadora idea!

Despues el niño D. Eduardo Ortiz, alumno de
la casa, recitó esta "*Plegaria del niño católico á
Santo Tomás de Aquino:*"

Con rica y alta elocuencia
Celebra el sabio tu gloria;
Y consagra á tu memoria
Sus lauros la gaya ciencia.
¿Qué hará el niño en tu presencia,
¡Sol de vívido esplendor!
Sino bajar con rubor
Al polvo la indocta frente,
Y dar gloria, reverente,
De las ciencias al Señor?

Al pié de encina que crece
En la montaña grandiosa,
Y que enhiesta y majestosa
Las nubes tocar parece;
Tímida desaparece
Del soto bajo el ramaje
La florecilla salvaje,
Que en su pequeñez quisiera
Dar á la encina, siquiera

De su aroma el homenaje!

Yo esa humilde florecilla;
Y tú, por Dios exaltado,
El árbol al monte alzado
Do el Verbo con su luz brilla.

Si la plegaria sencilla
Del niño que á Dios adora
Y á tu sombra protectora
Vive sin cuidado aquí,
Pudiere llegar á tí
Con la brisa voladora;

Escucha, génio inmortal,
Tú á quien el ángel y el niño
Prestan con tierno cariño
Su pureza celestial:

Es la vida un erial
Oscuro, triste, espantoso,
Donde consuelo y reposo
Busca el hombre, y busca en vano;
Que un decreto soberano
Le impide aquí ser dichoso.

Monstruos horrendos le asaltan;
El hambre y sed le fatigan;
Los abrojos le castigan;
Las pobres fuerzas le faltan.

Vanos deseos exaltan
Su ardorosa fantasía,

Y cada objeto que ansía
Y desatinado toca
Burla su esperanza loca
Huyendo al morir el día!

¿Qué luz, de rayo divino,
Á ese desierto vendrá
Y el sendero mostrará
Por do vaya el peregrino?
¿Quién las fieras del camino
Alejará, y sus enojos?
¿Quién cortará los abrojos?
¿Qué mano dulce y amiga
Hará cesar la fatiga
Y aquel ansia de los ojos?

¡Ah, no la ciencia que ingrata
Anida en el corazón
Y con terrible aguijón
Le hiere luego, y le mata!

Sino el saber que retrata
Como en límpidos espejos
Al sol, que aunque de tan léjos
Su luz y calor reparte,
No deja ninguna parte
Sin llenar de sus reflejos!

Tú, que como vaso puro,
De fino y luciente oro,
Guardas el rico tesoro